



Para Gonzalo Portocarrero, la exclusión debe combatirse con políticas sociales de subsidios directos y programas de desarrollo. (Foto: Carla Leví)

Los miedos en el Perú

UNA ENTREVISTA A GONZALO PORTOCARRERO* POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

El Perú es un país de fantasmas, de miedos. ¿La marginalidad es un fenómeno que puede explicarse a partir de la desconfianza en el prójimo?

En cierto sentido, todos somos marginales. Vivimos en un país desintegrado, sin entidades colectivas que amparen a los individuos. Todos estamos más solos de lo que realmente podríamos estar, no existe un real sentido de comunidad. Según los índices del Latino-barómetro, el Perú es el país donde hay más desconfianza. Y esa desconfianza genera fantasmas, miedos sociales. Esos miedos se explican a partir de dos fantasmas básicos. El primero es el fantasma de los subalternos, figura que es representada por el *pishtaco*. El *pishtaco* es la persona que va a venir a sacarte la grasa, a aprovecharse de ti, a desangrarte. Es un fantasma que ha aparecido constantemente en la historia del país. Kuczynski, por ejemplo, fue visto en Cusco como una reencarnación del *pishtaco*. Era situado en la perspectiva del abusador, del maligno, por eso no tenía posibilidad de ganar. Es el mismo fantasma de las manifestaciones en Puno. Los pobladores sienten que les van a quitar su agua, sus tierras, su fuente de vida. Estos miedos se originan en la supuesta malignidad del otro, el

occidental, el patrón como alguien que vive de ti, que te come las entrañas y del cual tienes que defenderte. Eso explica esa mezcla de indignación y de odio en las manifestaciones.

El otro fantasma es el de los poderosos sobre el indio rebelde que salió de su sitio y que está reclamando cosas que quizá no corresponden. Este fantasma tiene su origen en la sensación del criollo blanco de verse rodeado por una muchedumbre indígena hostil que es amenazante, que ruge. Ejemplos históricos hay de sobra: los españoles sitiados en Lima por el ejército de Manco Inca, la rebelión de los huantinos en 1896 o el levantamiento de Ushcu Pedro en Huaraz a finales del siglo XIX. La indiada insumisa es una constante en nuestra historia. Por otro lado, el fantasma del indio insumiso se renueva con la aparición del comunismo, que es otro nombre del viejo fantasma de la guerra de castas, de la indiada rebelde. Los miedos se activan y se reproducen como rumores que generan desconfianza. Por ejemplo, uno escucha a gente en los colegios decirle a los niños que sus padres van a tener que irse de las casas, porque si llega Humala ya no hay lugar para ellos en el Perú. Se reaviva el miedo, los viejos fantasmas.

¿Cuál es el origen social de estos fantasmas?

En el mundo popular, la mayoría de la gente cree que los *pishtacos* existen.

* Profesor principal de la Facultad de Ciencias Sociales de la PUCP.

Es un fenómeno latente que, cuando emerge en determinadas situaciones históricas, aparece como rumores que se instalan en el imaginario de la gente. El proceso de migraciones a Lima, Sendero Luminoso y

distinto que varía de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad.

¿Estos miedos recíprocos suponen un país que no logra superar una visión estática de sí mismo, que no ha tenido



La pobreza y la exclusión siguen siendo constantes en el mundo andino. (Foto: Archivo Quehacer)

ahora las elecciones son procesos sociales que llevan en sí mismos la aparición de miedos y fantasmas. Es importante tener en cuenta que detrás de estas fantasías culturales hay identidades étnicas que se compactan, que se relacionan, que se potencian. Por eso es complicado implantar un sentimiento de ciudadanía inclusiva cuando estos temores tienen un origen específico, étnico y sociológicamente

cambios sociales determinantes para la formación de una ciudadanía inclusiva?

Los cambios mentales son más lentos que las transformaciones sociales. Vivimos un horizonte mental que no existe en la realidad, pero seguimos presos de esa mentalidad, de una fantasía de país. El Perú vive entre la caída del patrón y la añoranza del patrón. Esa dinámica del patrón como concentración del poder es

una figura que se ha diluido bastante, pero como no sabemos organizarnos de otra manera, tendemos a buscar al jefe, a la autoridad. Existe una democratización de la sociedad, pero en nuestro imaginario aún existe el guión del patrón, la incapacidad de actuar colectivamente.

¿Qué representa la figura del *misti* en el mundo andino?

El *misti* era la clase patronal en el mundo andino. Era el señor, el hacendado, el juez, el cacique. Los *mistis* imponían el abuso sobre la ausencia de la ley. Las haciendas eran estados dentro del Estado. Tenían sus propias leyes que seguían el capricho y abuso del patrón. Como dice Flores Galindo, los *mistis* ignoraban las súplicas de los campesinos. Es interesante que esta forma de hablar, como suplicando, es algo que aún queda en el habla popular del migrante. Todavía es un producto directo del mundo *misti*.

¿Están vigentes estos dos mundos, el andino y el criollo?

El andino ve al criollo como el *pishtaco*: arrogante, altanero, el que ninguna, lo cerrado. Desde lo criollo, se percibe al andino como encerrado, los que también a su manera excluyen. Yo creo que el par más característico sería arrogancia y resentimiento. La candidatura de Keiko trasciende la diferencia y apela mucho a la idea del emprendimiento, a la persona que quiere salir adelante con su propio esfuerzo sin el apoyo del Estado. En cambio, Humala apela a las personas que quieren subsidios, que necesitan apoyo del aparato estatal. Eso explica por qué Keiko encuentra más apoyo en los jóvenes urbanos que piensan que del Estado

pueden recibir poco, mientras que Humala tiene más respaldo de poblaciones adultas que tienen expectativas redistributivas de la riqueza.

¿Cómo entienden a PPK los andinos y los criollos?

Si tú te sobreidentificas con un grupo, te aíslas, por eso lo mejor es no tener demasiadas etiquetas que puedan volverte un enclave. Quizá por eso Ollanta ya no usa el polo rojo, por ejemplo. Esto más bien puede entenderse como travestismo político. Cuando Kuczynski va al Cusco le ponen su chullo, su poncho y la gente grita: gringo por fuera, cholo por dentro. A ver quién se cree eso. El travestismo no es un compromiso con ciertos símbolos, sino poder atravesar diversos universos simbólicos para ir ganando identificación y capitalizándolas. Eso es una cosa de rigor. Si ves a Keiko en Cajamarca, parece una campesina cajamarquina, se pone un sombrero, una pollera y allí está, y eso a la gente le gusta, la sienten más cercana.

IDEOLOGÍAS EFÍMERAS

Las ideologías se han perdido, pero igual hay una línea. Ser de izquierda es estar a favor de los derechos humanos, votar por Ollanta, y ser de derecha es reducir el Perú a los balnearios de Asia.

Sin duda. Actualmente la polémica a nivel mundial se da entre los neoliberales y los liberales socialdemócratas. La escuela de Chicago de Milton Friedman y la escuela de Amartya Sen serían las dos grandes orientaciones ideológicas de hoy. La izquierda anticapitalista se ha diluido. Pareciera que el capitalismo es

la única forma de alcanzar el crecimiento, quizá más adelante se invente algo mejor. Ha sido tal el fracaso del estatismo que ya nadie quiere regresar a eso. La izquierda que se identifica con el anticapitalismo, el antimercado o la sola regulación estatal es ahora un sector termocéfalo muy pequeño. Mientras el neoliberalismo plantea que el crecimiento debe ser primero y luego la redistribución mediante el chorreo, el liberalismo socialdemócrata sostiene que la redistribución e inclusión son requisitos para lograr el crecimiento económico, que no es sustentable el crecimiento sin inclusión.

Pareciera que el “izquierdista” Humala es culturalmente más de derecha al apelar al adulto mayor, a lo varonil. Mientras Keiko, de “derecha”, apela a la juventud, al emprendedor, a la mujer.

El problema con Keiko, siendo más carismática que Humala, es que representa agarrar las llaves y dárselas a los presos. Se acabaron las cárceles. No hay ley, solo impunidad. Un Estado que, desde el punto de vista moral, nos lleva a la situación de México o Colombia, a un desarrollo económico a costa de la agudización de la delincuencia y la destrucción de la moral pública. Por ejemplo, es significativo que Trujillo, siendo una ciudad muy desarrollada, sea la capital del crimen. Una vez que gane Fujimori, ¿quién va a sentirse obligado por la ley? En el Perú la ley es tan relativa, tan leve, que si gana Fujimori, ¿en nombre de qué se va a sancionar a alguien? Fujimori es la destrucción de la idea de justicia.

Y, sin embargo, el gobierno de Fujimori fue el más duro al aplicar la ley: los

jueces sin rostro. Keiko vende la idea de la seguridad y el orden. ¿Hay una contradicción?

Pienso en la añoranza del autoritarismo, en la gente que quiere que haya efectividad en la acción. En el Perú no se puede gobernar de manera consensuada. Acá lo que funciona es la yuca, el caballazo, la patada, de otra manera nos agotamos en comisiones que no llevan a ningún lugar. Y esto tiene que ver con la desconfianza, con la fragmentación, con la falta de referentes. La demanda de la autoridad fuerte surge del descontrol que resulta de la incapacidad de lograr acuerdos.

La clase media de Lima es conservadora: ha ganado el PPC, PPK y ahora Keiko. Donde ganaba la izquierda en los ochenta, ahora gana Humala. ¿Ha cambiado el mapa político del Perú?

El mapa político de los sesenta era el odriísmo, que era el gamonalismo conservador. Por otro lado estaba el frente reformista de la Democracia Cristiana y Acción Popular, y el APRA, desorientado y sin saber cómo ubicarse pero con una importante base popular. El odriísmo fue eliminado y la gente que lo apoyó se pasó al PPC, que era la alternativa de derecha dentro del reformismo belaundista, que era más popular. La figura de Belaunde podría calzar en el Toledo post fujimorismo, más amplio en su convocatoria y trascendiendo límites sociales. De hecho, Toledo tuvo la más alta votación a nivel nacional en algún momento, en todos los sectores y regiones. Toledo sería una versión moderna de Belaunde.



Velasco todavía es un fantasma al que le teme la burguesía. (Foto: Archivo Quehacer)

EL MIEDO EN CAMPAÑA

En estas elecciones, la polarización se ha tornado extrema, violenta. ¿La violencia es una característica de la polarización?

Toda polarización es complicada; sin embargo, percibo que las manifestaciones de los setenta y ochenta eran más violentas, más agresivas. Lo que parecía estar en juego era la salvación o el hundimiento del Perú, algo parecido a las elecciones actua-

les pero en el contexto de Sendero Luminoso y la crisis económica. La izquierda y el APRA apenas se veían empezaban a atacarse. Ni hablar de la derecha y la izquierda: todo contacto visual terminaba en una gresca. En ese sentido, pese a la beligerancia, sí se ha ganado un poco. La manifestación por la paz de 1989 fue inmensa. Pero en realidad fue una suerte de procesión. Si se juntaba la derecha y la

izquierda, se atacaban. La manifestación fue convocada por Henry Pease, y fue muy importante, fue decirle no a Sendero Luminoso, decirle no al terror como arma política. Aisló políticamente a Sendero.

¿Atacar un plan de gobierno es una forma de meter miedo?

Todos los candidatos se ven precisados a hacer promesas, y estas promesas son entendidas como letras de cambio que hay que cobrar por la gente a las que van dirigidas. El miedo se genera cuando la gente presiente que el candidato por el que vota no cumplirá lo que promete.

Todos los candidatos tienen asesores que hacen estudios de marketing. Allí se dilucidan las debilidades y fortalezas de la votación en determinados grupos de población, oportunidades que no pueden dejar de explotarse. Las estrategias electorales van diseñándose de acuerdo con la necesidad de conseguir votos.

Existe la idea de que Humala representa el regreso al estatismo de Velasco, a modelos que han fracasado, que no tienen vigencia contemporánea. Allí hay un problema porque se dice que hay hasta cuatro Humalas, y eso lo desacredita. Los jóvenes no saben quién es el verdadero Humala.

¿Por qué la derecha tiene tanto éxito apelando a la memoria del gobierno de Velasco entre los jóvenes?

Porque vivimos en un país desmemoriado. En el mundo popular, la gente con mayor educación sí tiene una imagen positiva de Velasco, sobre todo en términos de haber reivindicado un orgullo, una integración del país, de lo indígena, de lo nacional. En los jóvenes esto se ha

desvanecido, solo quedan estereotipos superficiales: Velasco como sinónimo de la dictadura militar y nada más. En el Perú no hay aprendizajes colectivos. No hay sedimentación de una memoria que nos permita aprender de los hechos y situarnos de una manera más eficaz frente a la realidad.

¿Qué te parece Jaime Bayly en la TV durante la segunda vuelta?

Obsceno, descarado. Condensa perfectamente el espíritu fujimorista de conseguir a cualquier precio lo que se quiere. Yo antes tenía una mejor opinión de él, pero ya tocó fondo, es un caso de indignidad.

INCLUSIÓN Y EXCLUSIÓN

¿Cómo lees la visión optimista de Rolando Arellano, que ve en los conos de Lima una mayor democratización del consumo?

Yo creo que Arellano muestra unas cosas a costa de ocultar otras. Lo que visibiliza es la voluntad del triunfo, el deseo de modernidad del consumo popular. Y lo que oculta es el lado no tan bonito de esa historia: la diferenciación popular, el sufrimiento, la postergación. Históricamente esto ha sido muy importante, porque fue lo que animó a que las grandes empresas invirtieran en los conos. Allí hay un fenómeno interesante: lo inadecuado que resulta un nombre para designar una realidad. La palabra 'barriada' funcionó en un momento, pero luego parecía ofensiva. Se cambió a 'pueblos jóvenes' y funcionó por mucho tiempo, pero luego de treinta años

hablar de pueblos jóvenes era absurdo. Así surgió la idea de denominarlos 'asentamientos humanos', que era en el fondo una idea más despectiva que la de barriada. Se habla de asentamiento de la persona cuando va de una condición nómada a una condición sedentaria, como en los inicios de la propia civilización. Arellano propone hablar de Lima norte, Lima sur, Lima este, nombres que son políticamente correctos hoy en día, pero al mismo tiempo niegan una realidad: las diferencias sociales y culturales entre una y otra zona. Arellano junta los ingresos de toda Lima, divide el total entre los habitantes, y encuentra que hay un promedio de diez mil soles al año por familia. Pero, claro, allí junta todo. En Lima centro une a La Victoria con San Isidro. Divide como si fuera todo homogéneo. Lo mismo pasa en Lima norte, donde también hay un proceso de diferenciación social que no es percibido desde el fantasma de la muchedumbre rebelde y básicamente igual.

¿La exclusión es un fenómeno solo económico?

El concepto de exclusión surge en Francia en los setenta para explicar el desempleo estructural que sufrieron las personas mayores que no podían reincorporarse al trabajo. Este fenómeno remite a un desarrollo tecnológico que necesitaba menos gente en el mercado de trabajo, mientras era cada vez mayor la productividad económica. Resultado: ese excedente poblacional relegado queda sin oportunidades de trabajo, lo que originaba, a su vez, la aparición de explotación. Aunque ahora se hable de exclusión y

el término haya variado, el fenómeno es parecido: la imposibilidad de acceder a un empleo, de insertarse en el sistema. La exclusión se convierte en la palabra para mencionar diversos fenómenos sociales que tienen su origen en vulnerabilidades económicas. En el Perú siempre ha habido exclusión, aunque antes se hablara de marginalidad.

¿Cómo se combate la exclusión?

La exclusión se combate con inclusión. La inclusión es política social, y la política social ya no representa subsidios indiscriminados sino subsidios directos. El problema es que estos subsidios crean mafias y pueden destruir la moral del trabajo. En el Brasil se habla de la bolsa Lula para referirse al subsidio que reciben las familias del campo y la ciudad, que puede llegar a ser hasta de 200 dólares. Como el programa Juntos, que tiene una serie de condicionalidades en términos de logros educativos y cuidado de la salud. Estas condicionalidades pueden existir, pero no se libran del clientelismo en la manera como se reparte. En Venezuela, los comités de barrio pro Chávez reciben los subsidios y los reparten de manera mafiosa. Lo ideal serían subsidios condicionados, temporales, que desarrollen capacidades y que no estén sujetos a una coacción o clientelismo político.

Fujimori es considerado el presidente más clientelista...

No había fin de semana que Fujimori se quedara en Palacio. Fue por todas partes del Perú. Siempre iba a algún lado con regalos, lo que sembró una red de gratitud, hasta en los pueblos más chiquitos, que ahora alimenta su hija. ■